

Alonso Ramos

Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

3 tomos

Gisela von Wobeser (coordinadora y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

434 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN 978-607-02-9437-2 (tomo I)

ISBN 978-607-02-9438-9 (tomo II)

ISBN 978-607-02-9439-6 (tomo III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo01.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo02.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo03.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO 13

PROSIGUE LA MISMA MATERIA Y DE LO QUE APROVECHABA CON LA COMUNIÓN COTIDIANA Y COMUNIONES ESPIRITUALES

1. Con las comuniones espirituales crecía su devoción y fervor y se multiplicaban los favores del cielo

[118] Con los beneficios insinuados en el capítulo antecedente, creció tanto el fuego del divino amor en Catarina, que toda era ansias y anhelos de recibirle y comerle, y a volverle a comer y recibir. Con cada comunión sacramental se avivaba este fuego y echaba llamas de nuevos y más fervorosos deseos de llegarse a esta divina mesa, verificándose en esta alma lo que dice el mismo Señor por san Mateo: “Venido he a traer fuego a la tierra, y ¿qué otra cosa quiero, sino que arda?” [Apostilla: Mateo, 12] Ardía de suerte en el corazón de esta su sierva, que parecía un horno encendido, cebado con muchas celestiales mercedes y atizado con su real presencia, para que siempre ardiese en la tierra de ese,⁶² su corazón, el incendio del divino amor. Y porque no se menoscabase o pereciese por falta de materia y cebo, procuraba esta esclarecida virgen comulgar espiritualmente muchas veces cada día, deseando cuanto era de su parte recibir este divino sacramento y procurando disponerse con mayor pureza, clamando al mismo Señor que viniese a poner leña a este divino fuego, pues no está su virtud atada al sacramento solo, pero que primero la purificase con las brasas de su caridad y de su amor.

[119] Estos deseos, tan humildes como fervorosos, obligaban tanto a su divino esposo, que no esperando que llegase Catarina a la sagrada mesa, se desprendía muchas veces de la mano del sacerdote o saltaba del vaso de las formas consagradas e iba a buscarla en los rincones de la iglesia donde siempre se retiraba y, representándosele en forma de un hermosísimo niño, se entraba en su pecho y se sentaba sobre su corazón, como quien quería estar muy de asiento,⁶³ comunicándole desde aquel virgíneo trono los dones de sus virtudes y muchos júbilos y alegrías del alma. Otras veces se hallaba su espíritu

⁶² En el original aparece “tierra de se”, sin embargo, creemos que el sentido apunta a la utilización de “ese”.

⁶³ Es decir, establecerse de manera permanente.

arrebatado de la Omnipotencia, junto al sacerdote, al tiempo de consumir y, de mano del mismo, le parecía que recibía parte de la hostia, y con ella, la gracia de aquel sacrificio. Y en una de estas ocasiones en que se halló al lado del sacerdote, vio que al querer éste partir la hostia, no podía, porque la hostia se hacía correosa y tan fuerte que, aunque se doblaba, se defendía y no se dejaba partir ni dividir; y así después de larga porfía, como aburrido y desesperado de conseguir su intento, la dobló y se la dio toda a Catarina, que estaba allí aguardando su partícula o su parte. No entienda aquí el cristiano lector que el sacerdote no consumiese el sacramento o que Catarina comulgase sacramentalmente, porque estas son visiones espirituales con que el Señor suele dar a entender cómo algunos reciben en las comuniones espirituales la gracia del sacramento y otros recibiendo sacramentalmente su santísimo cuerpo sin la disposición necesaria, se hallan frustrados del fruto del sacramento, sin sentir ni experimentar en sí rastros ni huellas del huésped que han recibido. Y en este sentido dice el grande Agustín, que se quedó Judas sin parte en el apostólico convite. Pero no explicó la sierva de Dios si su Majestad había manifestado, con esta acción misteriosa, que ella se había llevado toda la gracia de aquella comunión y se había quedado sin parte el sacerdote que la ofrecía, quizás por no haber llegado con la pureza y limpieza de conciencia que debía y con que estaba siempre prevenida y dispuesta Catarina.

[120] Otros días en que se hallaba, en espíritu, al lado del sacerdote, reparaba que estaba allí en forma de una niña pequeña, y en la hostia, su querido esposo en forma de un bellissimo niño que le pedía sus castos y cariñosos abrazos. Ella se encogía por su humildad y se miraba con unos brazos tan pequeñitos que, aunque quisiera abrazarse con el Señor, no alcanzaba; se le representaba el Niño Dios, al mismo tiempo, con unos brazos tan grandes que podía abrazar toda la naturaleza humana, pero advertía que los encogía y retiraba, como quien no quería alcanzar todo lo que podía. Con estos retiros de Dios en el sacramento se aumentaba tanto el amor de su querida esposa y crecían tanto en ella los deseos de verse en los divinos brazos que, ya abochornada y como fuera de sí, se avanzaba⁶⁴ al Señor y experimentaba una estrechísima y suave unión con su amado.

[121] En otras ocasiones, en que se hallaba con fervorosos deseos de comulgar mezclados con retiros y cobardías de su humildad, decía a su Dios: “¡Oh, Señor! ¡quién fuera digna de que entraras en mi corazón, para que lo

64 Se acercaba, avanzaba hacia él.

purificaras y encendieras en él tu divino amor! ¿Para qué Señor nos mandas que vengamos a ti, si no nos has de dar alas para acercarnos a tu sacramental trono y participar de las dulzuras de esa deliciosa mesa?” A estas voces, respondía manifestándosele en el sagrario o en la hostia, de donde alargando el divino brazo la llamaba y decía: “Aliéntate y ven esposa mía, amada mía, paloma mía” [Apostilla: Cantares 2]; y otras de las palabras del misterioso libro de los Cantares, que no entenderá, dice san Bernardo [Apostilla: San Bernardo, *In Cantica*, sermón 61] el que no fuese afectuoso amante a lo divino; porque como todas las acciones y palabras de aquellos místicos coloquios sean gobernadas por el amor, al que no fuere honesto amante le parecerá bárbara y extranjera la lengua del divino esposo. Para Catarina era esta lengua muy clara, porque como muy fina amante de su Dios, iba como arrastrada de su suave voz a donde la llamaba y se entraba dentro del sagrario de su costado, donde transformándose el corazón de Jesús en un Niño Dios, la acariciaba y llenaba de bendiciones y celestiales gozos.

[122] Estos favores y regalos eran frecuentísimos en todas las misas que oía, porque en todas se disponía y procuraba encenderse en vivos deseos de recibir a su divino esposo, como si se hubiera de sentar a la sagrada mesa: ofreciéndole su corazón para asiento y pidiéndole alguna parte de la gracia que liberal franqueaba a los sacerdotes y justos que comulgaban. Y luego veía venir a su pecho al divino esposo en forma de sol, de estrella, o en forma de niño con una palma en la mano, un ramo o un ramillete de flores o con otros símbolos y jeroglíficos que significaban las virtudes y perfecciones de su esposa, y eran estos favores tan cotidianos, que un día que, suspensa o arrobada, no vio alzar la hostia ni se le hizo el Señor visible, como solía. Cuando volvió en sí se afligió de manera que, clamando a la santísima Virgen con quejas, con lágrimas y sollozos, alcanzó⁶⁵ de la piadosa Señora, cogiese a su santísimo hijo en los brazos y sobre la cabeza del sacerdote que decía la misa se lo mostrase, diciéndole: “Aquí está ¿No lo ves, no lo conoces?” A que respondió Catarina: “Sí Señora, ya lo veo, él es, tu santísimo hijo es, mi amado es, mi señor es, mi dios, mi padre y mi redentor es”. Y al mismo tiempo le fue comunicando el divino amor tales gozos, que volvió el alma a engolfarse, con unión más fuerte, en nuevos arrobamientos y éxtasis. Lo que en éstos le mostraba la Sabiduría encarnada, los secretos que le comunicaba, cómo se quejaba con ella del mal trato que le hacían los hijos

65 Con el sentido de logro.

de los hombres, lo reservo, parte para los capítulos y libros siguientes y parte para otro tiempo más oportuno.

2. La presencia de este divino sacramento le acarrea por instantes nuevos favores y regalos

[123] Estas comuniones espirituales y celestiales regalos no estaban atados a la asistencia en los templos. Los experimentaba en su casa y cuando estaba enferma y también recogida en su lecho, porque andaba tan ansiosa de recibir a su Dios sacramentado que, en oyendo las campanas de las iglesias, despertaba su corazón con afectos y deseos de este divino manjar. Y hablando con su divino esposo, decía: “¡Oh, quién tuviera la pureza necesaria para recibir tanta majestad humanada! ¡Oh, quién fuera digna, Señor, de recibirlos todos los días y teneros siempre dentro de mi pecho! Pero ya que no merezco que vengáis tan frecuentemente a mi pobre morada para enriquecerme, querédlo vos Dios mío, que con eso basta”. A estos ardientes deseos correspondía el Verbo encarnado tan liberal, que corridas las cortinas y velos de los accidentes,⁶⁶ se le dejaba ver muchas veces en las iglesias, penetrando la vista de su dichosa alma las paredes y venciendo las distancias de los templos más remotos, donde se hacía presente a los sagrarios y a las fiestas gozando de las músicas, oyendo a los predicadores, reconociendo con distinción todo el concurso⁶⁷ y logrando lo más precioso de la solemnidad, que era el recibir espiritualmente el cuerpo de su querido esposo sacramentado. Otras veces, le traía el divino poder a su aposentillo la fiesta y, cercada de ángeles y de santos que le cantaban las misas, recibía de sus manos al Señor sacramentado, con todas aquellas gracias que el Señor quería comunicarle.

[124] Cuando oía la campanilla del Señor por las calles,⁶⁸ visitando a sus criaturas enfermas, se arrodillaba en su aposentillo y volvía los ojos del alma con humildad y viva fe a su dios, que se le manifestaba luego sobre la custodia o vaso de las sagradas formas, en representación de Jesús Niño o de Jesús en su resurrección. Le pedía que, pues se le dejaba ver tan benéfico, echase su bendición a todas las criaturas. Y su Majestad con toda benignidad

66 Se refiere a los obstáculos materiales.

67 Es decir, la concurrencia.

68 Cuando el sacerdote recorría las calles con el viático para llevar la comunión a los enfermos, iba precedido por un monaguillo que hacía sonar una campanilla para que los transeúntes y las personas en sus casas rindieran homenaje al Santísimo Sacramento poniéndose de rodillas, santiguándose o haciendo una genuflexión.

condescendiendo con su petición, bendecía a todas las personas que arrodilladas le adoraban en las calles por donde pasaba y a los que salían a verle y a alabarle en las puertas y ventanas; si bien advertía esta esclarecida virgen que al pasar por algunas puertas de las casas, se mostraba el Señor con tristeza y aflicción en el rostro, quizás para significar que en las tales casas no había otra cosa que espinas de pecados para volver a coronarle.

[125] Después de haber acompañado en espíritu por las calles a su dios, se entraba con él en las casas de los enfermos, y por el semblante festivo de su amado y de los ángeles y santos que asistían, entendía ordinariamente la sanidad o muerte de los dolientes, aunque quedaba muchas veces turbada y llena de amarguras su alma, recelosa de que estas mudanzas en el semblante de su Dios humanado le representasen el mal o buen estado en que estaba el enfermo y la salvación o condenación extrema que le esperaba, por la mala disposición en que le amenazaba la muerte. Y aunque ella no creía representaciones contra sus prójimos, no dejaba de hacer oficio de ángel de la guarda, clamando al Creador que se apiadase de su criatura, que la rociase con su preciosa sangre y que la alumbrase para que le conociera, se arrepintiera y se salvara, ofreciéndose ella a padecer, satisfacer y morir, porque no muriera en desgracia de su Redentor el enfermo. Lo que valían delante de Dios estos actos de fe y caridad, pertenece a otros capítulos y ahora sólo digo que en volviendo con el Señor a su sagrario, le volvía a pedir la bendición, y su Majestad, para consolarla, se la echaba benigno y después a todo el pueblo. Estaba tan hecha Catarina a recibir estas beneficencias que, en una ocasión que se le representó el Señor que pasaba como de largo, sin mostrarle la hermosura de su divino rostro, le dijo tierna y asustada: “¿Cómo os pasáis de largo Dios mío, sin bendecirnos? ¿En qué os tengo ofendido? ¿Por qué despreciáis a vuestra criatura, a vuestra redimida y a vuestra oveja que anda cercada de riesgos y de enemigos?” La consoló el Señor con volver el rostro hacia ella y bendecir a toda la ciudad, acompañando su bendición con las palabras que solía, y eran: “Mi paz os doy, mi paz os dejo”, o “Quedaos en paz”.⁶⁹

3. Motivos con que los confesores le impusieron en la comunión cotidiana y cómo aprobó el cielo esta determinación

[126] Con todo lo que dejo dicho en estos dos capítulos acerca de la humilde reverencia, encendido amor y maravillosos aprovechamientos con que

⁶⁹ Cfr. Juan 14, 27.

Catarina veneraba y recibía este divino sacramento, y la disposición con que, actual y habitualmente, estaba siempre preparada para el convite de esta sagrada mesa, no le mandaban los confesores que frecuentase la comunión cotidiana, ya por el respeto a su regla, que con tan prudente cautela habla en este artículo y que especialmente parece mirar a las mujeres, ya por no conocerla tanto, ni tratar ella de darse a conocer por aquel tiempo, ni estar en él tan aceptado el uso de la frecuente comunión y, mucho menos, la cotidiana: ni haber entonces un decreto pontificio, como el que tenemos ahora, de nuestro muy santo padre Inocencio XI acerca de la comunión cotidiana, donde afirma su santidad que el uso frecuente y cotidiano de la sacrosanta eucaristía ha sido siempre loado de los santos padres en la Iglesia⁷⁰ e insinuado del Concilio tridentino, cuando dice: “Desearía de veras el sacrosanto Concilio, que en cada misa los fieles que asistiesen, participaran el uso sacramental de la eucaristía”.⁷¹

[127] Con estos deseos del santo Concilio, juntaba y ponderaba yo (para poner esta alma en el uso de la comunión cotidiana) algunas de las exhortaciones con que los santos procuraron asentar en la Iglesia esta frecuente y provechosa devoción, y con especialidad mi padre san Ignacio, [Apostilla: Part. 6, capítulo 3, párrafo 2] que renovó al mundo con la frecuencia de este santísimo sacramento y dejó encargado a sus hijos, que con todas sus fuerzas la conservasen y aumentasen entre los fieles, advirtiéndonos que para la mayor o menor frecuencia, no tanto se había de mirar a la devoción sensible, que suele con la mucha familiaridad parar en menosprecio, cuanto a la necesidad de los que comen este divino pan y a la disposición proporcionada a su frecuencia, que es la razón decisiva del decreto pontificio [Apostilla: Part. 4, capítulo 4, párrafo 3]. Y ninguna alma tan bien dispuesta como Catarina y otras semejantes, a quienes escoge la omnipotencia de Dios para columnas edificativas de sus iglesias y medios intercesivos⁷² y eficaces para la extensión de su fe, conversión de los pecadores y alivio y redención del purgatorio. Porque estas son el blanco de toda la ojeriza del infierno, que envidioso y furioso las combate con todas sus astucias, poder

70 Aseveración expresada en el *Decreto de la Sagrada Congregación del Concilio “Cum ad aures”* del 12 de febrero de 1679. Heinrich Denzinger y Peter Hünermann, *El magisterio de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 2000, § 2090.

71 En la decimatercera sesión del Concilio de Trento, capítulo 8 del *Decreto sobre el sacramento de la Eucaristía*, se hizo esta recomendación citada por Ramos. Heinrich Denzinger y Peter Hünermann, *El magisterio de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 2000, § 1649.

72 Por intercesores.

y malicia. Y así, si a estas almas tan bien dispuestas no se les concede el uso cotidiano de la comunión, frustrados e ineficaces parecerían siempre los deseos de la santa Iglesia y las exhortaciones de los santos Padres.

[128] Ponderaba yo también para la insinuada resolución los dictámenes y doctrinas comunes en los libros de los hombres doctos y maestros de espíritu, [Apostilla: Padre Luis de la Puente, *Guía espiritual*] como son que la frecuencia bien dispuesta, devota y fervorosa de esta celestial comida, es uno de los medios necesarios y el más eficaz para subir a lo supremo de la perfección; que por eso también la llamó san Dionisio Areopagita, sacramento perfecto, y siendo esta frecuencia con la disposición debida, no disminuye la estima sino que antes la acrecienta, aumentando los dones que se contienen en ella con el mismo autor de la perfección que viene a conservarla. Que son infinitos los bienes de que se privan los que teniendo o pudiendo adquirir la debida disposición, se abstienen de este celestial convite, donde se da Dios todo entero, haciendo un recíproco vínculo de unión con sus criaturas. Que esta sagrada mesa no dice orden, ni respecto a la dignidad ni estado político humano de las personas, sino a la santidad y dignidad con que se recibe y debe comer este soberano manjar. Que las almas espirituales viven con este divino sacramento, porque es sacramento de amor, en especial para aquellas que viven una tan santa y perfecta vida que aborrecen, huyen y lloran aun las sombras de la más mínima imperfección y se van cada día mejorando en las virtudes, para llegar con mayor limpieza y mejor disposición a esta sagrada mesa. Que esta, en sentir de san Ambrosio, es la principal disposición cuando decía: “Vivid de tal manera que merezcáis recibir cada día este santísimo sacramento”. [Apostilla: San Ambrosio, libro 5, *De sacramentorum*, capítulo 4] Y finalmente, que es efecto y propia virtud de este manjar celestial, engendrar y conservar en pureza a las vírgenes y hacer a todos prontos para ejecutar la divina voluntad.

[129] Todas estas razones y doctrinas, reducidas a la debida disposición, ponderaba yo, para poner en el ejercicio de la comunión cotidiana a Catarina y, aunque me impelían a hacerlo, me detenía el ver que en aquellos tiempos causarían novedad y padecería entre los pequeñuelos la nota de única o, por lo menos, de singular. En los días de esta mi detención, comenzó el Señor a declarar por varios caminos su voluntad: como fue el comulgarla su Majestad en este tiempo muchas veces, cada día, no sólo en la iglesia sino también en su casa, ya con formas pequeñas, ya con hostias grandes. Y que esta fuese señal de que gustaba Dios, que esta, su esposa, comulgase todos los días, supuesta la perfecta disposición del sumo ajustamiento y pureza de

su vida, lo aprendió san Buenaventura del divino maestro, una vez que recibió semejante favor a los multiplicados que experimentaba esta regalada esposa de Jesús. Porque habiéndose retirado el santo por muchos días del altar, pareciéndole que no estaba suficientemente preparado y que era menester una pureza angélica, le sucedió estando oyendo misa, que al tiempo que el sacerdote partía la hostia, se vino a él una partícula y se le puso en la boca, y por este particular beneficio entendió que gustaba Dios más de los que con la debida disposición, amor y reverencia le reciben, que de los que por un servil temor se retiran de este celestial convite; la cual doctrina nos enseñó y dejó escrita el mismo santo en sus libros.

[130] A estos regalos y favores se llegó aquellos días, una especialísima presencia de Cristo sacramentado, con multiplicadas visiones, ordenadas a manifestar Dios las virtudes de que estaba adornada esta alma para recibirle, para cuya demostración se hallaba todos aquellos días rodeada de flores y de rosas en forma de arcos y gradas, que llegaban desde donde estaba arrodillada hasta el sagrario. Se multiplicaban también las visiones de los necesitados en el mundo y en el purgatorio, que venían a solicitar por boca de la misma alma con el confesor que se lo mandase y, con ella, que obedeciese. La impuse finalmente en esta tan ajustada devoción, y obedeció venciendo a mayor honra y gloria de Dios las más continuas y sangrientas batallas que ilustraron su prodigiosa obediencia, como se verá en los capítulos de estas materias.

4. Contradicción del infierno a esta comunión cotidiana

[131] La ocasión de estas continuadas luchas y batallas de su alma fue que, al paso⁷³ que la razón, el cielo y el purgatorio aplaudían su comunión cotidiana, se pusieron en oposición y en arma los ejércitos infernales con todos sus poderíos, trazas y marañas, valiéndose desde luego de su humildad; ponderándole su indignidad, su poca disposición y mucha tibieza; causando juntamente en ella tantas sequedades,⁷⁴ oscuridades⁷⁵ y turbaciones en todos sus sentidos y potencias, que se veía obligada a recurrir muchas veces al confesor, desatinada, para que la eximiese de esta devoción que había de ser causa de su ruina y perdición. Pero como llegaba con rendimiento a

⁷³ Al mismo tiempo.

⁷⁴ Brusquedad en el trato.

⁷⁵ Falta de luces, ignorancia.

la obediencia, con pocas palabras del confesor se desvanecían las astucias y consejos del infierno, que aunque se veía tantas veces vencido, nunca dejó de ser obstinado. Renovaba pertinaz la batalla, cercándola de pensamientos que, como punzantes espinas, procuraban ajar y marchitar el lustre y candor de su pureza y, valiéndose de la oscuridad y turbaciones en que estaba su alma, procuraban astutos persuadirla que se había perdido toda su hermosura y que no podía llegar a la mesa, que pide pureza angelical. Toda esta tempestad se sosegaba con la voz del confesor, que le decía: “Ahora sí que pareces y eres esposa querida de Jesús, pues has llegado a ser como la fragante azucena entre espinas. Prosigue en tu obediencia, que Satanás, viendo que no gana nada, se cansará y tu premio ha de durar para siempre” [Apostilla: Cantares 2].

[132] Se conjuraban en concilios las furias infernales y, repartidos en escuadrones o enjambres, volvían rebeldes a acometerla, unos persuadiéndola que estaba condenada; otros, que era santa; otros, que engañaba a sus confesores; otros, que los dejase porque no sabían gobernarla; y los más a rendirla con violencias y martirios; la quebrantaban, la molían, la aprensaban⁷⁶ y la descoyuntaban de manera por todo el espacio de la noche, causando en ella tantos dolores juntos que por la mañana no podía vestirse ni aun moverse. Pero el alma encendida en el amor de su Dios y de la obediencia, batallaba valiente con su cuerpo baldado y totalmente impedido y, reconociendo la imposibilidad, clamaba con fe y confianza al divino poder; llamaba en su ayuda a la santísima Virgen, a sus ángeles y santos, contra tantos confederados enemigos. Con esta confiada y humilde deprecación,⁷⁷ favorecida del cielo, se hallaba con fuerzas para resistir y vestirse; pero al querer coger la ropa, se la quitaban de las manos, se la escondían, enmarañaban y ataban unas a otras las cintas con tantos nudos ciegos, que eran menester horas enteras para deshacerlos. Mas todo lo vencía su constancia y con una paciencia invencible, llegaba al fin a ponerse el manto.

[133] Al querer salir de su aposentillo para la iglesia, volvían a enfurecerse las potestades del abismo, le escondían la llave, le daban contra las paredes, la aturdían y la desatinaban para que no acertase con la puerta que muchos de ellos, apiñados, tapiaban. Pero todo esto no era bastante para impedirla, porque alumbrada y fortificada del divino poder, interiormente

76 Apretaban.

77 Ruego.

a quien clamaba, salía del aposentillo victoriosa, dejando a todo el infierno corrido y atropellado; y aunque la seguían hasta la iglesia, los unos de ellos ladrando, otros asidos de su ropa para detenerla, otros sobre sus hombros para rendirla y los más causando en su fatigado cuerpo dolores intensos, como si le quebraran los pies y despedazaran las entrañas, derribándola tal vez en el lodo y estrellándola de cabeza contra las lajas. Todas estas violencias se les frustraban, porque acosada de tantos aliados monstruos, cargando a unos y arrastrando a los otros, llegaba a la fuente de la penitencia donde, animada del confesor, recobraba la respiración y el aliento para pasar a la reja de las comuniones, metiéndose por las lanzas y espadas de las huestes infernales que se le oponían como gigantes armados de crueldad y soberbia, y que hacían furiosos el último esfuerzo en la sagrada mesa, conjurándose de nuevo todos con más rabia y presunción que poder, a consumir su cuerpo a martirios, acudiendo muchos a desbaratarle la boca y a teparle la garganta, porque no pasase la saliva ni aun el viento necesario para la respiración y conservación de la vida. Otros se aplicaban mancomunados a perturbar y manchar su conciencia con oscuridades y representaciones abominables para que, martirizada en el cuerpo y en el alma, desistiese; pero todo no servía más que de mejorarle el holocausto precioso a la vista de su Dios que, sacramentado, venía victorioso a darle las dos palmas de virgen y mártir y a coronarla con su divina presencia.

[134] En este último asalto del infierno encarnizado, se ostentaba el divino poder triunfante, porque al llegar a la boca de su querida esposa, ahuyentaba a los demonios obstinados, restauraba a su ser toda la naturaleza afligida y maltratada, y volvía la paz y quietud a su espíritu combatido, escondiendo la Omnipotencia estos triunfos así como las batallas, de las criaturas terrenas; porque no quería por entonces otras alabanzas por estas victorias que las de los ángeles de sus ejércitos y las de su confesor, que había menester esta noticia para no errar en el gobierno de esta alma escogida. Pero, aunque ordinariamente se manifestaba Dios victorioso en el término de estos sangrientos combates, pagando y premiando la pronta obediencia y la invencible constancia de su querida esposa con regalos y favores propios de su inmensa grandeza, muchas veces, para probar mejor su perseverancia, la dejaba en desamparo y con los dolores de las heridas pasadas, y aun permitía juntamente en ella otros más sensibles golpes de las mismas criaturas, por quienes sustentaba Lucifer esta guerra. Y Catarina sufría aún más terribles martirios, porque al llegar después de tanto trabajo fatigada y sedienta a la fuente de toda suavidad y dulzura, solía encontrarse con quien

la pretendía acobardar y retraer de aquel celestial convite, dilatándole o negándole la comunión y aun dándole en rostro con la frecuencia cotidiana, con decirle en tono de desprecio o reprehensión que si era ángel o santa, o sacerdote o sacerdotisa para llegar todos los días a la mesa donde se reparte el pan de los ángeles. Estas trazas del infierno eran las piezas de batir que más destrozo hacían en su corazón humilde y lastimado, pero no por eso se lograba la actividad y eficacia de la diabólica malicia, porque Catarina sólo reconocía por su pastor aquel a quien Dios la había encomendado y a quien como a padre espiritual y única guía comunicaba los secretos de su corazón, y a quien sólo por eso pertenecía únicamente el gobierno de su alma.

[135] En estas reñidas luchas, se hallaba este ángel muchas veces de repente sin dolores, otras veces sin saber cómo vestida; y aun en la iglesia y reja de las comuniones por ministerio de los ángeles, porque lograrse el fruto y premio de sus peleas después de ejercitada su constancia. Estas milagrosas asistencias le había prometido Dios en una ocasión, que hallándose atribulada con tantas y tan reñidas refriegas, se le quejó tierna y resignada, diciendo: “Muda Señor el dictamen de mi confesor para que me exima de llegar tan frecuentemente a esta sagrada mesa; o dame modo para que yo pueda ejecutar esta obediencia”. A esta queja amorosa respondió su Majestad con ponerle delante de los ojos una mujer totalmente impedida y a su lado un hermosísimo mancebo descalzo y con una tilma en los hombros, a la manera que se visten los indios más humildes que sirven las cocinas de las casas. Y preguntando Catarina la significación de esta visión, le respondió la Omnipotencia humanada: “Esa mujer que ves impedida, eres tú, cercada y combatida de enemigos. El hermoso mancebo es tu ángel de guarda, que por mi voluntad te ha de ayudar en los empleos humildes del cuerpo y en los ejercicios del alma. Y quiero que entiendas que cuando todas las criaturas te falten y se opongan, tendrá ese ángel mi poder, para que ninguno pueda impedir el que obedezcas a mi voz y a mis ministros, como tú no te apartes de su obediencia”.

[136] Con la perseverancia en esta obediencia consiguió de Dios que fuese este santísimo sacramento fuente de su descanso y de sus deseos y ansias; como la otra [fuente] de los poetas, que cuanto más se bebía de ella, tanta más sed causaba. Despertó en Catarina esta frecuencia tanta sed y hambre de este celestial manjar, que podía decir con san Pablo, [Apostilla: A los romanos, 8] que ni la enfermedad, ni la muerte ni la vida, ni la tribulación, ni el hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la persecución, la pudieran apartar de las delicias de esta sagrada mesa. Y así cuanto más procuraban retraerla

las dificultades y contradicciones del infierno, se llegaba y unía ella más con su querido amante, que fue lo que le sucedió a san Pedro cuando querían los de Cafarnaúm apartarse de Cristo, por la dificultad de la doctrina que Cristo les predicaba de este divino pan, pues preguntando a sus discípulos el divino Maestro si querían también ellos irse, respondió la cabeza de la Iglesia: “¿Dónde, Señor, nos iremos? ¿Dónde nos guareceremos si tus palabras tienen gusto de vida eterna?” [Apostilla: Juan, 6] Había gustado san Pedro de Dios y le pareció que apartarse de su divino maestro era apartarse de la vida de la gloria, y este sentir de san Pedro sirvió de que se uniesen más todos los discípulos con Jesús y con su doctrina; y el ejemplo de esta sierva del Señor y la eficacia de sus oraciones, ha tenido gran parte en la frecuencia con que vemos llegar a este sagrado convite en estos reinos los fieles, como se verá en muchos casos particulares de esta historia.

CAPÍTULO 14

DE LA DEVOCIÓN QUE TUVO AL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA: VARIOS MODOS DE OÍRLA Y ALGUNAS VISIONES DE LOS QUE SE LLEGAN SIN LA DEBIDA DISPOSICIÓN A LA SAGRADA MESA, Y DE LOS SACERDOTES QUE DECÍAN MISA

1. Cómo en su niñez suplía el no oír misa todos los días con asistir espiritualmente a muchas

[137] Fue esta una de sus más cordiales y sustanciales devociones, y así, para ejercitarla con mayor reverencia y provecho, buscaba quien le leyese muchas veces las significaciones de todo lo que se hace y dice en este santo sacrificio, para entender y meditar los grandes misterios que en él se nos representan. Se ayudaba de un librito en que estaban estampados los principales misterios y las más misteriosas ceremonias, que conservó hasta la muerte para que le sirviesen también los ojos corporales de instrumentos para conservar en su imaginación y entendimiento la memoria y representación de la sagrada pasión. A esta devota vigilancia concurría Dios liberalísimo, dándole nuevas inteligencias con viveza y claridad de otros arcanos sacramentos que se encierran en este admirable sacrificio, de manera que, si apuntásemos las significaciones que ella insinuaba como ciertas, sabidas y aceptadas en las palabras, signos y ceremonias de la misa, pudiéramos escri-

bir un libro no pequeño de cosas misteriosas y nada vulgares, cogiendo por asunto las singulares significaciones, valor y provecho de este misterioso sacramento y santo sacrificio que entendió y aprendió con luz comunicada de la eterna sabiduría. Todas estas adquiridas y sobrenaturales noticias inflamaban su voluntad, de suerte que encendida se abrasaba en deseos de asistir con el cuerpo y con el alma a todas las misas que se decían en todas las iglesias de la ciudad y de todo el mundo. Pero no por esto se dejaba llevar imprudente de estos excesivos afectos y vehementes ansias de su espíritu, que tenía sujeto y subordinado a las reglas de la razón y prudencia. De aquí le nacía el no oír todos los días misa en el estado de su esclavitud y en el de casada, porque se acomodaba al tiempo y lugar que le dejaban libre sus ocupaciones y a la circunstancia de tener persona o personas de satisfacción que la acompañasen a la iglesia, pues siendo así que es muy santa devoción la misa cotidiana, tenía por mejor no faltar a las cosas y ministerios de su obligación y el no andar sola por las calles con nota y reparo de los prójimos y no sin riesgo de su persona; porque no acaso y sin fundamento se dijo que las niñas deben ser semejantes a los peces, en que así como el pez se conserva y vive con seguridad en el agua, se asegura la mujer encerrada.

[138] Esta devoción y ardientes deseos suplía y templaba Catarina con la asistencia espiritual a muchas misas, haciéndose presente en espíritu a las iglesias y a todas las fiestas eclesiásticas, aun cuando estaba su cuerpo impedido con achaques y cercado de los cuidados temporales en que la ponían sus oficios y ministerios. Y a estos devotos y cristianos deseos concurría la Omnipotencia liberalísima, llevándola en espíritu por todo el mundo, para que viese todos los santos sacrificios que actualmente se estaban celebrando por toda la redondez de la tierra. Otras veces se los representaba a la vista en un rayo de su divina luz, como en un clarísimo espejo, que para el poder de Dios tan fácil es lo uno, como lo otro. Otras veces se hallaba en las festividades solemnes que se celebraban en Roma, España y otras monarquías remotas, gozando de todo el aparato festivo con que se solemnizaban las más ostentativas⁷⁸ fiestas. Pero donde más frecuentemente experimentaba este favor era en esta ciudad, en las solemnes festividades de los santos, sus devotos y especiales patronos, como en las de san Agustín, santo Domingo, san Francisco y otros; porque con los repiques de las campanas se afervorizaba su espíritu y crecían los deseos y ansias de oír las alabanzas y tesoros de

⁷⁸ Se usa aquí por “ostentosas”.

virtudes que había depositado en sus santos el Altísimo, y a participar de los dones y gracias que se concederían a los que asistían glorificando a Dios en las honras de sus bienaventurados y cortesanos celestes. Con estos afectuosos ardores se arrebatava y suspendía su espíritu y se hallaba su alma llevada de Dios en los magníficos templos, y oía y miraba aun las más mínimas circunstancias de que se componían las fiestas, como tengo ya insinuado.

[139] Para prueba de lo que voy diciendo, sirva de ejemplo el caso siguiente, por haber pasado por mi mano y examinado su verdad con toda exacción y cuidado. Un día, en que celebraron la fiesta de Nuestra Señora del Carmen sus religiosos hijos, a los cuales veneraba y estimaba mucho, se le avivaron los deseos de asistir a aquella devota solemnidad y, de repente, sin poder decir el modo, se halló presente a la misa y sermón, mirando y conociendo con claridad y distinción las personas que componían aquel eclesiástico concurso. Al alzar el sacerdote la hostia y el cáliz, le vino deseo de comulgar y, pidiendo al Señor sacramentado este favor, se halló con un Niño Dios en sus brazos, llenándola de suavísimos gozos. Pero en medio de estos soberanos júbilos, instaba y suspiraba por recibirle dentro de su pecho. Y respondiendo Dios a sus ansias, le dijo: “¿Pues no te basta esto?”. A esta pregunta, dijo ella: “No Señor, que dentro del pecho quiero que te hospedes; en mi corazón deseo que hagas asiento”. Y luego vio venir desde el altar una partícula o forma con representaciones de un niño hermosísimo, símbolo del divino amor, que entrándosele por la boca se dejó sentir en el pecho y mucho más en el corazón, como quien se gozaba en un rico y suavísimo trono. Con este favor quedó como satisfecha el alma y agradecida a María santísima, a quien rindió las gracias de este beneficio. En esta ocasión examiné las circunstancias de la fiesta, y hallé que el sermón del padre predicador y todo lo demás que había concurrido al lleno de esta solemnidad era, según y como ella me lo había dicho, estando enferma en la cama y sin haber podido tener noticia humana de lo que pasaba en la insinuada iglesia. Estas visitas eran frecuentes y como cotidianas, aun estando divertida en los empleos de las cocinas y los otros ministerios caseros, asistiendo espiritualmente en las iglesias como si realmente estuviese en ellas y con mayor especialidad, porque cuando asistía en cuerpo no veía ni miraba lo que pasaba en el templo, y cuando la llevaban en espíritu lo registraba todo sin el riesgo que traen consigo las especies que se introducen en el alma por los ojos.

[140] Noten esto las siervas de Dios que tienen casa y familia a quien gobernar o servir, para que no se apuren ni se congoren cuando no pueden asistir todos los días al templo; porque todo el tiempo que gastaren en las

forzosas y precisas ocupaciones pertenecientes a su estado y obligación, se las pondrán en la cuenta de las asistencias devotas en las iglesias, que así entienden los sagrados intérpretes [Apostilla: *Aymon*. Glos. ord.] aquel maravilloso perseverar y prodigioso asistir en el templo de aquella santa matrona Ana profetiza, de quien dice san Lucas “que no se apartaba de la iglesia solicitando el divino socorro con perpetuos ayunos y con oraciones”; porque como las ausencias del templo eran por acudir a lo forzoso y preciso de su casa y obligación, eso llamó el evangelista asistir al templo, para enseñarnos que no hay tal templo, iglesia y oración como acudir cada uno a las cosas de su obligación. Advertan esta doctrina y aprendan de esta esclarecida virgen las enfermas y las pobres que no tienen ropa para salir a la iglesia, y visiten en espíritu todos los templos, ganen jubileos, oigan sermones, misas y comulguen espiritualmente, porque la misericordiosa bondad de Dios paga y premia los buenos deseos cuando no se pueden juntar lícitamente con las obras y ejecuciones. No imiten a las otras que quieren más parecer buenas que serlo, vendiéndose al mundo y al infierno con el pretexto de tener con qué frecuentar las iglesias; porque éstas más estiman tener apariencias de cristiandad que propiedades de hijas de Dios. Catarina procuró en todos estados ser observante de la ley, más que parecerlo. Y así, en el estado de doncella y casada, antepuso las cosas de obligación a las de su devoción; y por eso no oía todos los días misa, sino los festivos y los días de trabajo que podía, sin faltar a los empleos de su obligación y al decoro y decencia de su estado.

2. De las muchas misas que oía y varias visiones que tuvo de los pecados cometidos en el templo

[141] En su santa y venerable ancianidad, cuando le faltaban ojos y manos para trabajar, permanecía constante todas las mañanas en el templo, solicitando el divino socorro para sí, para el mundo y para el purgatorio, con oraciones, oír y ofrecer al eterno padre las misas que se decían en nuestra iglesia, y con ser tantas le parecían pocas; porque se extendía su ardiente caridad a ver convertido todo el universo. Tenía grande aprecio de este sacrificio, de su eficacia para aplacar a Dios y lograr los efectos de su divina misericordia. Y con razón, porque no es de menos valor que todo Cristo sacrificado en la cruz; pues el mismo hijo de Dios, que se ofreció entonces por la redención del mundo, se ofrece hoy en todas las misas al eterno padre por el bien del género humano; y con mucha especialidad, por las que asisten a ellas

con devota reverencia, como Catarina, que consideraba hallarse presente a las exequias de su divino amante, pidiendo y clamando tierna y confiada cayesen sobre ella algunas de las gotas de su preciosa sangre. Y recogía tanta, que como diré en su lugar, era suficientísima para rociar con ella en maravillosos vuelos de espíritu a todas las criaturas, convirtiendo pecadores, reduciendo herejes y gentiles, fertilizando y fructificando los campos y las plantas. Para conseguir este abundante fruto, perseveraba en la iglesia recogida en un lugar humilde, retirado, nada sospechoso a su honestidad, sino muy seguro y decente, de donde veía lo necesario y no era vista. Ahí estaba, con mucho reposo y asiento, sin menearse, mudar lugares o hablar con otras personas; porque atendía a la reverencia que se debe a la casa de Dios y a dar buen ejemplo de honestidad, humildad y santa gravedad. En este retiro se disponía y preparaba con lágrimas y suspiros, pidiendo a Dios la purificase para estar en su divina preferencia. Convidaba a todas las criaturas que vinieran a adorar a su creador y a participar de los copiosos frutos de este soberano sacramento y santo sacrificio; a las cuales voces se veía frecuentemente rodeada de ánimas, pecadores y visiones de todas las necesidades del mundo, que venían a conseguir por su intercesión y aplicación los efectos preciosos de las misas que oía. Con esta numerosa compañía se afervorizaba esta sierva de Dios, crecía su caridad y se avivaba su fe y esperanza, de manera que le parecía que todo el universo había de salir renovado con cada uno de los sacrificios a que asistía.

[142] Con esta esperanza, deseaba grandemente que saliesen misas y más misas a los altares de la iglesia; y eran estos deseos y ansias tan eficaces y agradables a su redentor, que le comunicaba una extraordinaria luz con que penetraba su vista las bancas y las paredes, venciendo las distancias y mirando desde su asiento las personas que llegaban a la sagrada mesa, y aun a los sacerdotes que, dentro de las sacristías, se estaban preparando para celebrar el santo sacrificio. Y cuando se vestían los ornamentos sagrados, iba entendiendo y renovando la memoria de toda la pasión del Señor que en ellos se nos significa y representa, pero a Catarina, con tanta mayor claridad y viveza, cuanto era más superior la luz sobrenatural que la alumbraba y manifestaba los divinos misterios. A los resplandores de esta divina luz veía Catarina tantos secretos, de obras, palabras y pensamientos, que sin temeridad y malicia no los pudieran alcanzar los humanos juicios. Porque entendía y conocía (mientras permanecía la claridad de la soberana luz) a las personas que vienen al templo y hacen en él su habitación, con tanta inquietud de su cuerpo y espíritu, que no oyen ni dejan oír, no atienden ni

dejan atender al santo sacrificio de la misa; para estas le mandaba Dios que pidiese asiento, juicio y prudencia. Y a la verdad es muy conveniente y aun necesario este don, esta gracia y virtud en la iglesia, donde los bulliciosos espíritus impiden la atención y secan la devoción de todo el cristiano concurso. Porque, ¿qué sentidos no divertirá? ¿Qué corazón no se turbará? Al ver unas avecillas tan ligeras como parleras que, sin tener lugar fijo, todo lo andan, todo lo registran, todo lo huelen y todo lo inquietan, sin dejar capilla, tapete, ni rincón del templo que no miren con curiosidad; reconociendo con individuación los que asisten, los que hablan y los que oran en él y todo su fin. ¡Oh, Dios eterno! Recelo que sea el buscar en la iglesia con quién tener un rato de recreación, perder el tiempo y profanar la sagrada casa y real palacio del Altísimo. Compara estos azogados espíritus el Eclesiástico al ave que no tiene nido, y al gitano que no tiene lugar fijo ni habitación propia [Apostilla: Eclesiástico 36]. Porque así como el ave sin nido no tiene sosiego en lugar determinado, sino que desasosegada vuela de una parte a otra, de rama en rama, de valle en valle, de cerro en cerro, estando en todas partes sin parar en alguna, haciendo asiento donde le coge la noche; y como el gitano o gitana que anda de pueblo en pueblo, corriéndolo todo, sin estar en alguna parte, como de los tales dijo Séneca: “En ningún lugar está quien en todos se halla, pues no teniendo estabilidad en alguno, es como no estar en ninguno” [Apostilla: Séneca, *Epístolas* 2]. Así estos espíritus bulliciosos y almas saltadoras o salteadoras de la devoción, son como aves sin nido o como el que no tiene domicilio estable y permanente, a quien no se le debe honra, reputación, ni crédito.

[143] Catarina tenía en la iglesia su nido; porque persistía en el lugar que cogía, donde de ordinario estaba y la hallaban. Y si se levantaba de él, era por tiempo breve, y con causa y ocasión de comulgar u oír con mayor devoción y reverencia las misas, y éstas acabadas, se volvía al rincón o retiro de donde solía ver con la luz de su ilustrado espíritu a las otras que entraban en la iglesia con el fin torcido de ser adoradas, dándole en rostro y lastimándole el corazón su loca y vana profanidad. Es indecible lo que padeció por estas fantásticas criaturas, incorregibles, mientras Dios no las vuelve a fundir en el asqueroso lodo de que fueron formadas. Quizás por evitar esta ofensa de Dios en el lugar dedicado a su culto, manda el apóstol: “Que las mujeres cubran en las iglesias sus rostros; y que por respeto de los ángeles dejen caer el velo sobre la cara” [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a los corintios 12]. San Cipriano se atrevió a decir de los que ponen lascivamente en ellas los ojos: “Que son peores que el Diablo, por-

que hacen lo que un demonio no hiciera”. [Apostilla: San Cipriano, *De sing. cleric.*] Asistía nuestra Catarina con tanta veneración a los templos y con tal consideración de la presencia de Cristo sacramentado, que la tenía como suspensa, impedida e inhabilitada para profanar con palabras, obras y pensamientos la iglesia. Por esto no podía mantener los largos coloquios y pláticas escusadas que prohíbe Dios en sus templos y que no son argumentos de mucha cristiandad. Sobre aquellas palabras de Isaías: “Que el que en lugar sagrado hiciere ruindad, nunca aprenderá a ser bueno, ni a hacer su deber” [Apostilla: Isaías, 26]; dice San Bernardo: “El que en la religión, en la clerecía, en el templo, que es una representación del cielo, hace ruindad, no se forma juicio de él como de hombre, sino como de ángel. Su pecado se mira con aborrecimiento, porque le ofende mucho a Dios como ángel; que es escogido si es bueno o reprobado si es malo” [Apostilla: San Bernardo, *In decla. post intit.*]

[144] Desde este su nido y solitario retiro, veía todo lo que Dios le mostraba, y era esto tanto, que no conviene ni puede decirse. Se le representaba muchas veces el Señor ensangrentado con los azotes, clavos, espinas y los otros instrumentos de su sagrada pasión, cargando tal vez sobre sus delicados hombros el pesado madero de la cruz, arrastrando por las iglesias y aun por las calles de la ciudad. Y entonces le preguntaba esta su querida esposa, compasiva y traspasado su corazón con multiplicados cuchillos de dolor, que quién le tenía tan cruelmente herido y maltratado. Y le respondía: “¿Pues no ves estos como me ofenden, no ves los otros como me azotan y me crucifican?” Y se le iban representando varios pecadores con todos los instrumentos de los escribas y fariseos; unos con los azotes, otros con los cordeles, otros con las espinas, otros con los clavos, otros con los dineros con que le vendían y despreciaban. Fue muy célebre entre sus primeros confesores, una visión que tuvo en su niñez, el día del Corpus, al tiempo de la procesión, muy parecida a la que se refiere en la vida de la venerable virgen doña Marina de Escobar, cuando se le representó el Señor maltratado de los cristianos (como lo había sido de los judíos, en su sagrada pasión y muerte), mirando con los ojos de su espíritu, que unos le arrastraban con la soga, otros le mesaban la barba, otros le tiraban de los cabellos, y otros le herían con los pies y con las manos. Y afligiéndose la sierva de Dios con el triste y lastimoso espectáculo, oyó de la boca de su querido amante (para mayor pena y dolor sobre dolor) aquellas tiernas palabras: “Mira hija, cómo me tratan las criaturas en las fiestas que me hacen”; aludiendo a los muchos pecados con que le ofendían.

[145] En otra ocasión, y me parece que fue por el año de ochenta, se halló afligida y desamparada en el retiro y nido escondido del templo, donde se le representó una solemne fiesta eclesiástica que se celebraba en esta ciudad. Y llevada la sierva de Dios de la amargura y congojas en que penaba su alma, le dijo tierna y amorosa: “Anda Señor, para qué me muestras estas alegrías si no quieres que guste de ellas. Ya yo sé que tienes tus delicias con los hijos de los hombres, en las fiestas que te hacen devotos y fervorosos, y que a mí me dejas y desamparas porque no soy digna de tus favores”. A estas voces respondió su Majestad, dejándosele ver en forma de un mancebo hermoso, cuya hermosura y belleza se miraba manchada y afeada con su propia sangre, derramada a las violencias de un airado sayón que se le representaba feo y abominable con un puñal o espada en la mano, al lado del gallardo joven que se le mostraba herido y maltratado. En esta triste representación, que entendió ser del divino amante y único objeto de su amor, oyó una suave voz, que le dijo: “Mira, ¡qué tal me ponen las criaturas en las fiestas que me hacen!”. Al mismo tiempo, sucedió una violenta muerte en esta ciudad; si bien el herido alcanzó confesión, y entendió Catarina que en el feo y abominable sayón se le había manifestado el estado infeliz del matador, y en Jesús herido, la buena suerte del difunto, o por ser inocente o por ser de los predestinados y escogidos, santificado ya en aquella última hora con el dolor y santo sacramento de la penitencia. Semejante pelea fue la de los dos primeros hermanos Caín y Abel, y sabiendo muy bien san Juan Crisóstomo que el muerto había sido Abel y Caín el fratricida envidioso, porque no ignoraba las sagradas escrituras; con todo pregunta y hace cuestión sobre cuál de los dos hermanos quedó muerto en el campo [Apostilla: San Juan Crisóstomo; Génesis 4], y resuelve la dificultad a favor de la vida del inocente difunto Abel. No sólo por la vida eterna, que es la verdadera y la que había asegurado con la muerte; sino que también se extiende su elocuencia a discurrir y dificultar que cómo podía ser el muerto Abel, cuando su sangre estaba dando voces y pidiendo justicia y venganzas contra su hermano traidor y alevoso, que fugitivo entre temores y temblores vivía en el mundo una vida desastrada, más infeliz y horrorosa que la misma muerte. Y así concluye el santo: “Que no se ha de mirar como muerto Abel, sino como vivo; porque el que pecó, el que hizo el daño, fue el que murió con una vida arrastrada y penosa, que le llevó a la eterna muerte”. Este concepto de san Juan Crisóstomo, pudo significar el Señor en la insinuada y misteriosa visión, para que no tanto le pidiese Catarina por el difunto cuanto por el agresor, a quien amenazaba una eterna condenación.

3. De otras visiones de los pecados en el templo y de los que sin disposición se llegaban a la sagrada mesa

[146] Valen mucho las oraciones de los justos delante de Dios; porque piden con viva fe, esperanza firme y encendida caridad. Y por ello ha sido estilo de su Majestad en todo tiempo mostrarles los pecados del mundo, para que con sus ruegos, lágrimas y merecimientos inclinen el divino poder a sus misericordiosas beneficencias. Este motivo parece que tendría el supremo Juez de vivos y muertos en manifestar a Catarina muchos de los pecadores que habitaban esparcidos por el universo; no con tanta claridad, que les conociese, (sino en tal o tal caso particular, en que quería Dios se aplicase algún humano remedio) pero con tanta luz, que por las divisas y símbolos con que se le representaban y el conocimiento infuso que experimentaba su alma, reconocía la gravedad de las culpas y la eficacia con que provocaban la divina justicia contra sí mismos los hipócritas y los públicos delinquentes. En especial le mostraba el Señor la fealdad y abominación de los sacrílegos, que atrevidamente se arrojaban a coger asiento en la sagrada mesa del altar, sin reparar que, en el celestial convite, se brinda al indigno el peligro de su condenación y eterna muerte. A estos solía ver desde su retirado nido y honesto rincón ceñidos de culebras, que enroscadas en sus cuerpos eran cadenas, que les impedían los movimientos y hacían fuerza para arrastrarlos a su centro, como a propios prisioneros o cautivos aprisionados. Otras veces les veía rodeados de otras formas terribles y horrorosas de bestias fieras, muy propias de demonios, penetrando con su alto conocimiento los vicios y pecados con que se resolvían ciegos a echarse a pechos el cáliz de su eterna condenación, por huir la nota del qué dirán sus madres, maestros, y prelados, en cuya estimación estaban tenidos por buenos, justos y santos, cuando era escandalosa la frecuencia de los sacramentos en lo restante del pueblo, por la publicidad de su indisposición y mala vida.

[147] En estas ocasiones prorrumplía traspasada de dolor y arrebatada del sentimiento en tiernísimas y amorosas voces, ya hablando con Dios para que alumbrase y favoreciese a sus fieles, ya con los mismos pecadores, como si la estuvieran oyendo, diciéndoles: “Detente, espera, aguarda. No manches, ni toques con tus sacrílegos labios a mi querido amante. No le vuelvas a azotar y crucificar con ósculo de paz, prendas de amistad y apariencias de benevolencia. Mira que también los judíos fueron instrumentos con que se ofreció en sacrificio sangriento por la redención del mundo, y aunque el universo quedó redimido, ellos quedaron condenados; pues qué te aprovechará

a ti, el que se derrame la sangre de Cristo y que con ella se vea renovado el mundo y convertidas a su creador las criaturas, si tú te pierdes y condenas con los escribas y fariseos para siempre”. Este mismo sentimiento mostró san Ambrosio [Apostilla: San Ambrosio, *In Lucas*, libro 10] ponderando las palabras que dijo Cristo nuestro señor a Judas, cuando dándole un beso en el rostro, llegó éste traidor a herirle malamente y a entregarle a sus enemigos con señales de amistad y muestras de benevolencia [Apostilla: Lucas 22]. Y le recibió el Señor, diciendo: “Judas, ¿con beso de falsa paz entregas al hijo del Hombre?”. Que fue decirle, en sentir del santo doctor: “Ingrato y desconocido discípulo, ¿cómo no adviertes y consideras, que entregas al que siendo Dios se hizo hombre por ti? Y que con prendas de amor pones violentamente las manos en el cuerpo de tu redentor, derramas y huellas su preciosa sangre, y con instrumento de paz, le quitas la vida”. Esto mismo aplicó san Juan Crisóstomo a los que comulgan en pecado, cuando dijo: “Reo es el sacrílego que comulga en pecado de la muerte de Cristo; como si con sus manos le quitara la vida y derramara su sangre” [Apostilla: San Juan Crisóstomo, *Sup. 1 Cor.*, 11]; porque cuanto es de su parte le traza y urde la muerte, y tocándole con sus labios le da, con prendas de amistad, una mortal herida.

[148] [A] algunos les parecerán impropias y muy extraordinarias las visiones que hemos referido de Catarina, cuando veía rodeados y vestidos de bestias fieras a los que mal dispuestos se llegaban a la sagrada mesa del altar. Pero más dijo San Agustín, pues nos dejó escrito que los que comulgan mal, son dignos de que les castigue Dios con la pena que a Judas; y fue entrársele el Demonio en el cuerpo tras el santísimo sacramento. Y verdaderamente lo que en muchos se experimenta, de que comulgando y recibiendo con mayor frecuencia el pan de la vida se hacen peores, no puede nacer de otro principio sino de recibir indignamente al Señor, como lo ponderó el grande Agustín con estas palabras: “¡Oh, cuántos son los que, comulgando, se les entra el Demonio en el cuerpo; que les llena los senos del alma y el cuerpo, y quedan endemoniados en cuerpo y en alma por recibir al Señor en pecado!” [Apostilla: San Agustín, *Sup. Psal.*, 42] Y no es maravilla que reconociendo Dios el desacato que se le hace, dé lugar al Demonio para que estando él presente, entre a castigar tan grave delito en los delincuentes atrevidos que pretenden hacer fuerza al cuerpo y sangre de Jesucristo, para que esté junto con el pecado en un pecho. Grande violencia fuera y caso imposible juntar en un alma el pecado y la gracia, pues ¿cuánto mayor arrojamiento será para el que es fuente de gracia, obligarle [a] asistir con la culpa

de unas puertas adentro? Más se embaraza Cristo nuestro señor con el pecado que con el mismo Demonio, y así sufrirá estar con un demonio en el cuerpo, antes que en la compañía de una grave malicia.

[149] Algunas veces habló en particular a algunas personas y personajes, que con poca o mala disposición se arrojaban a recibir al Señor. Pero siempre con orden y precepto de sus confesores. Y a la verdad, el que la mandó ejecutar los dos casos siguientes no es tan moderno, que no hayan pasado más de cincuenta años desde que dejó de ser padre y maestro de nuestra Catarina; y era tan docto, santo y prudente, que le pone con veneración mi religión entre sus varones ilustres, por su santidad, ciencia y experiencia. Y así no debemos ni podemos atribuir su resolución a la intrépida ignorancia, ni a la precipitada imprudencia. Veía la sierva de Dios desde el retirado asiento que cogía en la iglesia, cierto personaje de los que frecuentaban casi todos los días la sagrada mesa que, al entrar y salir del templo, se le representaba feo y abominable; y que llevaba delante de sí una olla profunda o una cima sin fondo, cuya capacidad estaba llena de oscuridad y palpables tinieblas, en que le parecía se iba precipitando aquella alma redimida con la sangre de Jesucristo. Clamaba Catarina por ella, juntando a sus clamores y oraciones, ayunos y penitencias; y no encontraba con la puerta de la misericordia, porque el cielo se le representaba de bronce y el supremo Juez y sus cortesanos celestes vestidos de venganza y del rigor de la divina justicia. Por este motivo y quizás otros que no podemos saber, ni aun lo podrían alcanzar en aquellos pasados tiempos, otros que Catarina y su confesor, le mandó éste que dijese al sujeto de la visión lo que había visto, el riesgo en que se le representaba su alma y que se acordase que Judas estaba entre los demonios condenado para siempre, porque al cielo no suben los cristianos, si no son los cristianos buenos. Catarina ejecutó lo que le mando el confesor, y oyéndola él, con algún desabrimiento, le respondió, al parecer turbado: “¿Pues acaso soy yo del número de los réprobos?” A que replicó la sierva de Dios, llena de temores y sobresaltos: “No permita Dios tal desgracia, ni yo lo creeré, ni me persuadiré nunca a ello. Pero digo lo que veo y pongo en ejecución lo que me mandan. Vuestra merced, mire en el espejo de su conciencia si está en camino de salvación o del infierno”. Este personaje parece que mudó desde aquel día su asistencia a otro templo, porque no le vio Catarina después en nuestra iglesia. Quiera Dios mudase también de vida, si la que gozaba al presente no era buena.

[150] Otro día habló con otra persona, guiada de la misma obediencia, y le dijo: “Señor, yo obedezco a mi confesor, mi confesor a Dios, y Dios y

mi confesor me mandan le diga en nombre de Jesús Nazareno, que se aparte de la ocasión o que se abstenga de la sagrada mesa del altar; y que si no se enmienda y se dispone para conseguir una buena muerte, le ha de enviar presto la divina justicia una enfermedad tan rabiosa, que salga vuestra merced de esta vida entre despechos y horribles dolores que se continuarán con los tormentos del infierno”. A este paternal aviso del cielo, respondió agradecido este personaje, diciendo a Catarina que le encomendase a Dios para enmendarse. Pasaron días y meses, y vino la enfermedad como la sierva de Dios le había predicho. Y murió el enfermo entre dolores de parto y desesperaciones de infierno. No fue este suceso argumento evidente de que se perdiese el insinuado difunto, porque estos efectos pueden provenir de la violencia de los dolores, que sirven tal vez en esta vida para aminorar el purgatorio de la otra. Pero quedó Catarina recelosa de que se hubiese ejecutado en el mismo doliente la segunda parte de la amenaza, y con razón, porque en el bien y en el mal, de la suerte que un hombre vive, así acaba; pues según el orden común, cada uno muere como vive, y tienen estrecho parentesco y hermandad la vida y la muerte.

[151] No se admire el lector de que manifestase Dios a esta su sierva los secretos de sus cristianos, en estos y otros casos raros que se leerán en la historia. Porque ha sido estilo del Altísimo quejarse en todos tiempos de sus fieles, por las bocas de sus escogidos, santos y doctores. A la mano andan sus autoridades y doctrinas, y se pueden leer en sus vidas e historias; y en aquel breve y muy sustancial tratado que se intitula *Silbos del divino pastor*, que anda en lengua vulgar autorizado con el parecer del ilustrísimo señor don Ambrosio Ignacio de Espínola y Guzmán, arzobispo de Sevilla, convidando a todos a leerle con cuarenta días de indulgencia, en premio o paga de pasar con atención por él los ojos.

[152] Con Catarina se quejaba Dios muy frecuentemente pidiéndole que clamase y que le pidiese sin cesar por la cristiandad, por los que le ofendían en el templo y con mayor especialidad por los que indignamente recibían su santísimo cuerpo. Y para encenderla más en sus caritativas peticiones, se le mostraba algunas veces el Todopoderoso azotado y crucificado de sus mismos cristianos; y que al recibir su sagrado cuerpo, se quedaba algunas veces fuera el Señor, no porque no entrase dentro del pecho de los que le recibían, como entró en el de Judas, sino para dar a entender y significar que estaba muy apartado de sus ovejas, y éstas indignas e incapaces de la divina gracia, cuando indispuestos se llegaban a la sagrada mesa y le admitían en su boca y pecho para más atormentarle. Otras veces veía la sierva

de Dios que la belleza de su divino amante, y la hermosura y alegría de los ángeles, entraba en los que comulgaban, triste y cabizbajo; otras como de sopetón y con un movimiento repentino y apresurado, como quien huía de las hieles y amarguras, que experimentaba en las bocas y lenguas de los que le recibían sacrílegos. Los cuales se le mostraron algunas veces allá, allá en lo profundo del abismo, más hundidos que los gentiles, no como hombres sino como demonios; no como ovejas de Jesucristo sino como perros encarnizados y rabiosos, sin poder templar su dolor ni desahogar su rabia, por más que lo procuraban con eternos y continuos aullidos.

4. De otras visiones que tuvo de los sacerdotes cuando decían misa

[153] Causaba admiración, aun a los mismos sacerdotes, el amor y respeto con que los veneraba, como se verá comprobada esta singular reverencia en innumerables casos que se referirán en esta historia. Ahora sólo quiero poner aquí lo que agradaba a Dios esta su querida sierva, con la debida veneración a sus ministros y los varios modos con que su Majestad aumentaba en ella tan cristiana obligación. Le decía repetidas veces, y con mucha especialidad, que le pidiese y clamase por sus sacerdotes, que eran los pastores de sus ovejas, los que edificaban y aumentaban su iglesia, los que le bendecían, consagraban y recibían todos los días, regalando su boca y lengua con la preciosísima sangre; los que tenían por oficio hacer memoria de su muerte y sagrada pasión, rogar por el mundo y aplacar al eterno padre con tal alto sacrificio, gozando en esta vida una dignidad mayor que la de los ángeles. Y finalmente, le aseguraba una y muchas veces, que eran las niñas de sus ojos. Y a todo esto, la inclinaba y movía, no sólo con palabras, sino con visiones extraordinarias y demostraciones de la fineza de su divino amor.

[154] Por el mes de marzo del año mil seiscientos y setenta y tres (si no me engaña mi memoria y mis apuntamientos) se le representó el Señor a deshoras de la noche, con uno de sus hermosos ojos herido y quebrantado; y dejándola afligida, asustada y suspensa, le respondió al día siguiente, con la voz cierta y de todo el pueblo, que afirmó haber amanecido un hombre muerto y tirado en la sábana, con las señales de muchas heridas y puñaladas que habían sido la causa de su violenta muerte. Tenía este difunto hábito clerical y órdenes menores, y con estar como en camino para la dignidad sacerdotal, se le representó Dios a Catarina con el símbolo de uno de los divinos ojos, herido y maltratado. Pues, ¿qué estimación no hará el Señor de

los que han llegado ya a gozar de la alta dignidad del sacerdocio, ejercitándola como ministros y vicarios suyos en el santo sacrificio de la misa? ¿Qué sentimiento no hará al ver que juzguen, que murmuren y maltraten los hijos de la católica Iglesia, a sus presbíteros y sacerdotes, por cuya intercesión y bendición reciben los fieles las riquezas de la tierra y los tesoros del cielo? Por lo cual, sobre aquellas palabras del Eclesiástico: “Con obra, palabra y sufrimiento, honra a tu padre, para que te alcance su bendición y te logres con ella” [Apostilla: Eclesiástico, 3]. Entiende san Efrén al sacerdote, que es padre de almas, y así lee este lugar: “Honra al sacerdote, hijo de la Iglesia, para que te alcance su bendición y con ella toda riqueza de bienes espirituales y temporales” [Apostilla: San Efrén, *De timore Dei*].

[155] Para que se aumentase esta reverencia y veneración en todos los fieles y en la misma Catarina, la ilustraba frecuentemente el Señor con muestras de la sublime dignidad sacerdotal. Veía algunas veces en espíritu la muchedumbre de ángeles que tenía prevenidos el padre eterno en las sacristías, para ayudar a prepararse y vestirse los ornamentos sagrados los sacerdotes, que con reverencia y santo temor de Dios se llegaban al altar. A estos veía otras veces salir de la sacristía despidiendo de sí rayos de una tan suave luz y clarísimo resplandor, que sobresalía entre la vistosa y lúcida claridad de los paraninfos celestes que les acompañaban hasta el lugar donde habían de celebrar el santo sacrificio de la misa, consagrar el cuerpo de Jesucristo y ofrecerle al eterno padre como víctima celestial y divina. Solía ver que iba también en este lustroso acompañamiento de ángeles la Emperatriz de los cielos como apadrinando a los devotos sacerdotes, causando en la sierva de Dios tan singular alegría y gozo, que no hallaba cómo explicarlo, si no es comparándolo al regocijo que comunicó el Señor con su venida al mundo; o al que recibieron los santos padres cuando le vieron entrar glorioso y resucitado en el seno de Abraham.

[156] Al ponerse en el altar los ministros del Altísimo y vicarios de Jesucristo, a quienes ha dado potestad para traerle desde el cielo a la tierra, crecían en Catarina los suspiros y ansiosos deseos de verle en sus manos como en su escogido trono y vivo templo. Y así desde luego clamaba y pedía para ellos, para sí y para todos los que oían sus misas, luz, gracia y pureza, con que preparados dignamente pudiesen ofrecer al eterno padre tan alto sacrificio por los pecados del mundo; pues no era de menor eficacia y valor que el que se ofreció en la santísima cruz para la redención del universo, sino que siendo memoria y representación del otro que se hizo con derramamiento de sangre, es justamente el mismo, aunque sin sangre derramada.

Porque ya Cristo está glorioso, impasible e inmortal, como lo tiene definido el Tridentino. Para decir la eficacia y efectos de la oración de esta sierva de Dios, era menester poner aquí gran parte de lo que le debe el mundo, de quien la hizo Dios universal protectora, como veremos en su lugar. Baste por ahora insinuar cómo se conmovía el cielo para favorecer a los sacerdotes, por quienes pedía con mucha especialidad y singular encargo de la Omnipotencia.

[157] Veía muchas veces que la santísima Virgen los admitía debajo de su manto, que era el de su pureza, dándole a entender que estaban y quedaban para siempre en la gracia de su santísimo hijo. Solía ver que descendía de las celestiales cumbres el Espíritu Santo en forma de paloma de resplandores, y que hiriéndoles con los rayos de su divina luz y bañándolos con la luminosa gracia de sus dones, les hermoseaba y hacía lucida sombra, para ofrecer, consagrar y recibir en su boca y pecho al inmenso Verbo encarnado. Veía que el eterno padre les echaba una plenísima bendición, tratándoles de hijos suyos, por la gracia del Divino Espíritu y los merecimientos de su unigénito hijo. Veía cómo el mismo Cristo les bendecía desde la hostia consagrada, les echaba los brazos y les transformaba en crucificados, para denotar la amistad, la unión y la semejanza que tenían con el humanado y divino Verbo. Veía más frecuentemente muchedumbre de ángeles y de santos que, divididos en coros, asistían a su rey y señor sacramentado y a los sacerdotes que celebraban; y con mucha especialidad cuando repartían el pan celestial que bajó del cielo, superiores en esto con gran ventaja a los celestiales paraninfos. Porque si por medio de ellos cayó en la tierra el maná, por medio de los sacerdotes baja de la diestra del eterno padre y se pone en la boca de los fieles aquel admirable pan que veneran los ángeles y asisten con reverencia y admiración cuando los sacerdotes le reparten a los cristianos. Y en este punto, regaló muchas veces el Señor a Catarina mostrándole cómo al comulgar los fieles, en especial los sábados, al comulgar juntos los niños de nuestros estudios, congregados debajo del patrocinio de Nuestra Señora, andaban los celestiales espíritus alegres y cuidadosos, los unos asistiendo al lado de los que comulgaban; otros como teniendo los manteles de la sagrada mesa; otros con toallas y vasos de cristalina agua en las manos y con otras semejantes insignias, que significaban la grandeza del convite y la gracia que recibían los convidados con el soberano manjar que bajó del cielo por virtud de las palabras de sus vicarios y ministros.

[158] Estaba tan hecha Catarina a recibir estos y semejantes favores del cielo, conmovido a la eficacia de sus oraciones, que cuando le faltaba

por algún largo tiempo este consuelo, especialmente en los días festivos y de mayor solemnidad, se ponía a batallar, llena de amor y caridad con toda la Santísima Trinidad y cortesanos celestes, con clamores y amorosas quejas sobre que no desamparasen a los vicarios, ministros y pastores de las ovejas del Rey de los reyes y a los capitanes de la militante iglesia; y que pues nos traían a la tierra toda la Majestad humanada, para que la reverenciásemos y adorásemos en retorno de este beneficio, y para crédito de la alta dignidad del sacerdocio les honrase y favoreciese toda la triunfante iglesia. A estos clamores franqueaba la misericordiosa Omnipotencia multiplicadas sus magníficas beneficencias. Y si tal vez se resistía el cielo a sus voces, le daba luego satisfacción el Señor, diciéndole: “Ruega por mis ministros y mis queridos vicarios, porque no desmerezcan mis gracias y beneficios. Advierte hija, que al paso que son prendas mías, escogidos y entresacados de los demás para que vean por mí y para mí, y corran por mi cuenta todos sus negocios, deseo en ellos más oración, devoción, recogimiento, temor, pureza de conciencia y mayor perfección”. Estos conocimientos se los daba su Majestad, ordinariamente por metáforas y enigmas, o en latín, para que sirviesen de avisos (en lengua que ella no entendía) a los eclesiásticos sus conocidos, y aun a sus mismos confesores, cuando los había menester, mirando Dios por la honra y crédito de sus ministros, a quienes deben acatar los seglares por su dignidad, aunque en lo personal se halle alguno menos perfecto. Estas singulares noticias se las dieron muy raras veces, porque lo que experimentaba con frecuencia era mostrárselos Dios vestidos de luces de gracia y resplandores de gloria, entendiéndose no pocas veces su larga vista y alto conocimiento hasta lo más encumbrado del empíreo, donde descubría el lugar glorioso que les estaba aparejado para su eterna morada, en premio de lo que habían trabajado por Dios y por la salvación del mundo en esta vida.

[159] Con estas visiones y sobrenaturales noticias, acompañadas del temor santo de Dios, que reinaba en el corazón de Catarina, creció en ella tanto el respeto y veneración a los sacerdotes que los reverenciaba como a imágenes y templos vivos de Dios y sus soberanos sagrarios; donde, como en tabernáculos escogidos, entra todos los días Cristo. Besaba la sierva de Dios (como diré en el capítulo de su humildad) la tierra que veía pisar a los sacerdotes. No se atrevía a juzgarlos, pareciéndole más fácil hallar mancha en el sol que en los eclesiásticos y esto aún en casos que la podía excusar la evidencia, la razón y el sentimiento de su corazón injustamente ofendido. Aconteció muchas veces que le impusieron algunos falsos testimonios, y haciéndole cargo o preguntándole los confesores si había dicho o hecho lo

que publicaban los falsos maldicientes, respondía siempre: “Si esa voz ha salido de la boca de algún sacerdote, no tengo qué responder, sino confesarme rea y culpada; porque yo pongo mi boca donde ellos ponen los pies. Mi conciencia será la engañada, ciega e ignorante, pero si alguna otra persona ha esparcido este rumor, crean vuestras reverencias que no es así y que será traza del Maldito para inquietarnos, provocando a las criaturas que digan lo que no vieron ni saben, pues ninguno puede saber lo que no es ni ha sucedido. Si bien es tan astuto nuestro común enemigo que les habrá representado eso mismo, que no es como si hubiese sucedido y les hará creer lo que les pone en la imaginación fingido y pintado con su malicioso pincel, tan falso como suave y delicado”.

[160] Pondere aquí el cristiano lector el gran sufrimiento de esta alma cuando se veía agraviada y tiznada con los rumores de los maldicientes y con los temerarios juicios de los hijos de los hombres. Considere cómo no sólo les perdonaba, sino que les excusaba echando la culpa al autor de toda mentira y falsedad, enemigo de Dios y de todos los justos. (¡Oh, Dios eterno!, y cuán pocos imitadores tiene Cristo de aquel divino espíritu, con que, pendiente y crucificado en el sagrado madero de la cruz, excusó a sus enemigos.) Y sobre todo ponga la atención en cómo reverenciaba la dignidad sacerdotal, pues aun en materia que se lastimaba su fama y verdad quería más confesarse culpada y ser infamada que dar ocasión (aun con justa satisfacción y excusa) que se presumiese podía haber faltado a la verdad alguno de los ministros de su Dios. Miraba sin duda Catarina, ilustrada del Divino Espíritu, cuán recia cosa era condenar la oveja a su guía y pastor, y cuán grave delito inficionar el unguento precioso del honor y estimación de un justo, como lo pondera la sagrada escritura en el Eclesiástico [Apostilla: Eclesiástico 7] donde San Juan Crisóstomo compara las lenguas de los que murmuran de los sacerdotes a las moscas, que ahogadas y muertas en una redoma de agua de ángeles la corrompen, porque de la misma manera inficionan y dañan a los eclesiásticos en su dignidad cuando les quitan y despojan del crédito y candor de su loable estimación [Apostilla: San Juan Crisóstomo, *De compun. cordis*]. Y en esta misma materia añade San Agustín [Apostilla: San Agustín, to. 2, ep. 137], que suelen proceder los seglares con mayor iniquidad contra los sacerdotes que contra los demás del pueblo, porque conceden llevados de su malignidad o ignorancia que si un sacerdote es malo lo serán todos, y no conceden, ni concederán, que si una mujer es adúltera lo sean todas. Que lo sean sus madres y que ellos sean herederos ilegítimos de las haciendas de sus padres. ¡Oh, malos dialécticos! ¡Oh, malos cristianos!

[161] Esta sierva de Dios era muy buena cristiana y anteponía el honor de los ministros de Dios a su propia honra, y así quería más vivir infamada que ocasionar en el crédito de los eclesiásticos la más mínima mancha. Y a la verdad, una murmuración en cosa leve de un sacerdote puede ser culpa muy grave porque, así como la virtud y fortaleza de Sansón pendía de sus cabellos [Apostilla: Jueces, 16], así todo el esplendor y honra de un eclesiástico, de un solo cabello pende. Y lo ha manifestado Dios al mundo con gravísimos castigos, por faltas al parecer muy pequeñas, como lo fue la de aquellos niños que llamaron calvo al profeta Eliseo, a quienes castigó su Majestad con una violenta muerte, ejecutada por medio de una fiera irritada y furiosa [Apostilla: 2 libro de Reyes, 2]. Son los sacerdotes estrellas en manos de Cristo, como nos lo atestiguó el Amado discípulo, en sentir de san Ambrosio y Lira, explicando los misterios del Apocalipsis: “Y de aquí se descubre la audacia de los que se hacen autores, acusadores y murmuradores de personas tan exentas de su juicio, como lo están las estrellas del cielo” [Apostilla: Apocalipsis 1]; que eso significa el mostrarse los sacerdotes en manos de Cristo, como en el cielo. Esta es su primera dignidad, y aunque se vean entre ellos algunas estrellas errantes, porque mientras son hombres pueden errar como hombres; sus yerros no caen debajo de la censura de los hombres sino de Cristo, que quiere ser único juez de sus ministros. En el mismo Apocalipsis hallaremos que tenían necesidad los obispos de Asia de que les reprendiesen por ciertos descuidos, y con haberse ya subido al cielo el Señor, no quiso encomendar la reprehensión a otra persona, sino que él mismo determinó dictar las cartas que se les habían de escribir y que san Juan sirviese de secretario. Y la primera palabra que le mandó a poner en el papel fue: “Advierta el mundo que estas reprehensiones, soy yo el que las escribo y que aun a Juan con ser tan privado mío y gozar tan alta dignidad en mi casa, no he querido fiárselas”. Porque esto de reprehender sacerdotes lo ha de hacer sólo el que tiene en la mano las siete estrellas y el que anda en medio de los siete candeleros, que es el hijo de Dios encarnado, pues como sumo sacerdote tiene a su cargo el despabilador de estas luces, y a ninguno otro le es lícito despabilar las luces del templo que a Cristo y a los que están en su lugar y tienen sus veces [Apostilla: Apocalipsis 2]. Caree el piadoso lector esta católica doctrina con las visiones y virtudes de nuestra Catarina, y reconocerá la bondad y alteza de su verdadero espíritu inclinado y determinado a la veneración de los sacerdotes como a templos vivos de su Dios, porque en ellos entra todos los días y hace gustosa morada, como en sus tabernáculos y sagrarios. Ellos son los amigos y los privados del Al-

tísimo; ellos solos consagran y administran a los demás fieles el santísimo sacramento; ellos le bajan del cielo; ellos son los que distribuyen la palabra de Dios; ellos son los medianeros entre el mundo y la divina justicia; y ellos finalmente son los administradores y despenseros del tesoro de la Iglesia, y los que tienen protestad para absolver de pecados en nombre de Jesucristo.

5. Varios modos de oír misa que ejercitaba esta sierva de Dios y cuán provechosas eran para el mundo las muchas que oía

[162] El modo de oír misa Catarina era muy conforme a la intención de Cristo y de su santa Iglesia, porque así como este santo sacrificio es una memoria y representación de la sagrada pasión y muerte, quiso que los que dicen misa y los que la oyen se acordasen y les sirviese de despertador de aquella divina belleza fatalmente eclipsada en el negro ocaso de un ignominioso leño, para más amar y servir al inocente cordero que se sacrificó por los pecados del mundo, dejándose poner por nuestro amor en duras y afrentosas esarpías. Porque no imitémos al otro ingrato pueblo, que como dice el profeta rey: “Se olvidó del Señor que le salvó y sacó de Egipto” [Apostilla: Salmos 103]. Con esta triple remembranza y dolorosa representación daba principio a la devota asistencia de las misas que oía, considerando tierna los misterios de la pasión de su divino amante, que se nos presentan y proponen en este santo sacrificio, procurando mostrarse agradecida con repetidos actos de amor y firmes propósitos de servirle y dar la vida, y mil vidas que tuviera, por quien había dado primero la suya por ella y por todas las criaturas. A estos encendidos afectos de su devoción fervorosa correspondía repetidas veces el Señor, arrebatando su espíritu y abstrayéndole las potencias de todo lo terreno. La entretenía todo el tiempo que duraba la misa con dulces y suaves consideraciones de uno u otro de los misterios que causaba en su alma mayor devoción y ternura, para que creciesen en ella los incendios del divino amor y las llamas de su caridad encendida. En otras ocasiones la llevaba como de corrida, considerando y ponderando las innumerables significaciones, grandes y ocultos misterios que se contienen en todo lo que se dice y hace en tan alto sacrificio. Pero el modo más frecuente de oír misa era ir la sierva de Dios ofreciéndole juntamente con el sacerdote, para lo cual le ayudaban mucho las noticias adquiridas en los libros que le leían y mucho más las infusas que la ilustraban. De esta manera asistía a todas las misas que podía con mucho gusto propio y bien del universo, por quien las ofrecía, valiéndose algunas veces de las

palabras del misal que pronunciaba en voz alta el ministro que celebraba. Cuando los sacerdotes decían como entre dientes lo que debemos decir en voz clara y alta, o estaba ella distante del altar, solía afligirse y experimentar como resfriada su devoción. Y en estas ocasiones se hallaba algunas veces en espíritu al lado del que decía la misa, y con grande gozo y consuelo de su alma asistía como ángel, cercana al sacrificio, pronunciando lo que le pertenecía de las palabras sagradas del libro.

[163] Un día se encontró con uno de estos ministros de Dios, que en lugar de guiarla en todo lo que se debe hacer y decir en la misa, la estorbaba y embarazaba por el modo con que la decía. No sé si fue este uno de los nuevos sacerdotes que celebró su primera misa entre temores y turbaciones, ocasionadas de la grandeza de su nueva dignidad y no usado ministerio. Catarina, echando la culpa a su propia incapacidad y poca devoción, levanto el corazón a su Dios y le dijo: “Señor, ¿qué es esto que me sucede? ¿De dónde me ha venido esta turbación que no me deja hacer, decir, ni entender cosa con concierto?” Le respondió su Majestad: “No te apures, que esto proviene de que el sacerdote que te había de guiar y alumbrar está en la misma turbación”. Tuvo esta respuesta por tentación la sierva de Dios, y así para vencerla y librarse de ella, quiso que el mismo sacerdote le dijese un evangelio, y al acercarse al altar, le dieron un encontrón (sin ver quién se lo daba) con el cual la desviaron, pero ella quedó más inclinada a que todo lo que le sucedía era traza y maliciosa astucia de los malditos que por este camino la querían privar del fruto que causan en las almas las palabras y bendiciones sacerdotales. Y era este dictamen y juicio de Catarina muy conforme a la razón y doctrina sagrada, con la cual podemos decir que mediante la bendición de los sacerdotes gozan los fieles la abundancia de bienes temporales y espirituales que experimentan; porque por los merecimientos de Cristo, cuyos ministros son, cuyo cuerpo consagran y se lo ofrecen al eterno padre, tienen los sacerdotes el poder con sus bendiciones enriquecer todo el mundo. Por eso dijo Salomón, hablando del sacerdote que traía en su vestido bordado a todo el universo, dando en esto a entender que era señor de todo el mundo y que a todo el universo podía poner por blasón de sus armas, pues vivía y se gobernaba por él y su bendición le daba la prosperidad que quería. Y verdaderamente debe el mundo creer que toda la felicidad terrena que goza de hijos, riquezas, mieles, ganados y otros de los espirituales y divinos dones la debe a la bendición sacerdotal y a las oraciones de los ministros de Dios que, como sus principales instrumentos y escogidos privados suyos, tienen más fácil la entrada para negociar con felicidad en los estrados de la misericordia infinita.

[164] Con este conocimiento y lo sucedido en el insinuado caso, quedó Catarina asustada y cuidadosa. Rogó a Dios por su ministro y por sí misma, para que la librase de los engaños y astutas malicias del común enemigo. Y estando en esta oración, vio salir al dicho sacerdote de la sacristía, como que se precipitaba en una olla muy profunda llena de horribosas humaredas; y creciendo en la sierva de Dios con esta visión la aflicción y la turbación, clamó a Dios por él, invocando a la santísima Virgen y al ángel de su guarda. Y entre estos clamores y peticiones oyó una voz, que le dijo: “No te aflijas, que esa representación es significación del purgatorio que le espera”. Todo lo tuvo Catarina por ilusión, atribuyéndolo al soberbio y fantástico Luzbel, que como se ve convertido en un tizón del infierno, y arrojado entre los ascos y horrores del infernal abismo, pretendía oscurecer o tizar a los que eran escogidas luces en la católica Iglesia, y que la sirven de muro y trinchera contra los asaltos de los príncipes y potestades del infierno, que pretenden apartar de sus propios pastores las ovejas para tragárselas envidiosos y hambrientos. Y para apoyo de esta verdad, viene muy bien la versión caldea, glosando aquellas palabras de los Cantares: “Poned los ojos en el lecho de Salomón. Mirad cómo le hacen cuerpo de guarda sesenta de los de la fama y de los valientes de Israel” [Apostilla: Cantares 3]; las cuales palabras glosa así el parafraste caldeo: “¡Oh, cuán rica está la casa de este santuario, cuán hermosa y cómo se lleva los ojos, adornada con la presencia y asistencia de tantos y tan venerables sacerdotes! ¡Oh, cuán bien parecen todos en el tiempo que extienden sus manos en el altar, para bendecir al pueblo cristiano!”. Porque sus bendiciones y oraciones defienden la cristiandad, y ésta prevalece y sale victoriosa de todos sus enemigos visibles e invisibles. De aquí podemos y debemos inferir la obligación que corre a todos los fieles de honrar a los sacerdotes, pues por su medio tanto se prosperan y enriquecen. Y con esto queda calificada bastantemente aquella profunda humildad y bondad de espíritu con que nuestra Catarina veneraba y reverenciaba la dignidad sacerdotal, cuando atribuía a su falsa imaginación o al Demonio, aun lo que con título de turbación y sombra de falta podía ser materia de purgatorio en un sacerdote. Que fue el argumento con que probó san Agustín la santidad del apóstol san Pedro, cuando en la última cena dijo el Señor que le había de entregar uno de sus discípulos, y añadió por señas de quién era el traidor, que comía con su Majestad en un plato. Pues siendo así que san Pedro oyó las señas y atendió juntamente a que Judas extendía al plato la mano, no creyó fuese el traidor, y por ello preguntó: “¿Quién será ese traidor alevoso?” [Apostilla: Juan 13]. Como

si dijera, puede ser que yo me engañe y que no haya entendido lo que dijo Cristo. Esto sí que es juzgar con buena intención a lo justo y a lo santo, no fiarse para condenar al prójimo de los ojos, ni oídos y muchos menos de representaciones que suelen ser fantásticas y aun diabólicas imaginaciones.

[165] En las fiestas más solemnes de la Iglesia y festividades de los santos de su devoción, oía Catarina las misas no sólo meditadas y contempladas sino también padecidas, porque el Señor le comunicaba los dolores y amarguras de su sagrada pasión para que tuviese más que ofrecer por los vivos y los difuntos. Acostumbraba esta sierva de Dios ir depositando en manos de la Emperatriz de los cielos todo lo que hacía y padecía, y todas las misas que oía en el discurso del año, dividiéndolas en octavarios, novenarios o cuarentenas, para ofrecerlas todas juntas a Dios los días señalados, juntándolo todo con los méritos de los justos, con la intercesión de los santos y con la pasión y muerte de nuestro Redentor. Para esta aplicación convocaba a todas las criaturas, convidándoles que viniesen a participar del tesoro de la redención y gozar de las misericordias del Salvador, con tan afectuosas voces y clamores, que conmovido el cielo a sus ruegos le manifestaba todas las necesidades del mundo, unas veces con un rayo de la divina luz, que arrebatando su espíritu la iba llevando de reino en reino por todo el universo, mostrándole con claridad y distinción todos los fieles e infieles, los justos y los pecadores. Otras veces, sin sucesión de tiempo ni lugar, como si todo el mundo cayera debajo de la esfera de su vista, se le representaba todo junto, a la manera que el caminante desde la cumbre de un monte descubre al salir del sol los campos, las arboledas, las ciudades con sus jardines, fuentes y deliciosas recreaciones; o al modo que el mismo sol en su nacimiento ilumina los montes, baña los valles y alegra a todos los vivientes. Se conmovía también el cielo descendiendo de aquella imperial corte ejércitos de ángeles, unos haciendo oficio de músicos celestiales, cantando: “Gloria a Dios en las alturas. Misericordia y paz de buena voluntad a los hombres”, adorando en el santísimo sacramento a su rey, a su creador y a su Dios. Otros ángeles y santos se le representaban con sus devotos y ahijados asidos de la mano, para que pidiese por todos. Y advertía la sierva de Dios que unos de estos necesitados eran pobladores del purgatorio, otros del número de los pecadores, otros de los justos; y de estos los unos estaban para caer, otros, que aspiraban a la perfección; y otros que llevaban muchas almas al cielo.

[166] Estos se le representaban muchas veces en forma de luces, con tal distinción y variedad, que podemos nosotros discurrir y aun entenderse significaba en la desigualdad de las dichas luces la mayor o menor per-

fección de las personas simbolizadas, según la cantidad y calidad de sus misteriosos resplandores. Porque se le representaban las unas muy claras, otras muy grandes, otras hechas una llama, otras encendidas brasas, otras en forma de rayos y cristales luminosos, y otras de resplandores. Otras se le dejaban ver algo apagadas y como entre velos de alguna oscuridad, y de las primeras se valía para dar gracias a Dios por los tesoros de gracia que franqueaba a sus criaturas, y de las otras para pedirle usase con liberalidad de su infinita misericordia. Y a esta fervorosa petición respondía frecuentemente el cielo, mostrándole en las mismas luces más refulgentes sus brillos y más crecidos sus resplandores. Cuando rogaba por los sacerdotes, se le solían manifestar estos jeroglíficos de luz en los presbiterios y altares, con tal claridad y de tanta magnitud, que parecían astros y soles. Y con lo misterioso de su particular resplandor, parece que penetraba la superabundante gracia con que estaban enriquecidas las almas en lo común y en particular. Porque, aunque en pasando el resplandor de la luz se quedaba a oscuras, hundida en lo profundo de su humildad y propio conocimiento, mientras la iluminaba su resplandor, solía prorrumper como enajenada y fuera de sí en alabanzas del Señor, y en admiraciones de lo que veía, diciendo: “Bendito y glorificado sea el Creador, por tantos dones y gracias con que tiene enriquecidas sus criaturas”. Todas estas visiones eran también para ella anuncio de un terrible padecer y de nuevas y sangrientas peleas. Y por eso, al mismo tiempo venían muchos de los celestes paraninfos haciendo ostentación de su poder y valor en las acciones, semblantes y armas refulgentes, dándole a entender que se previniese a la batalla y que venían a confrontarla, porque no desfalleciese en la tribulación; en que la gracia y el divino poder había de conseguir los triunfos de la victoria y el renombre de vencedor. Se conmovía finalmente el cielo, manifestándosele en la sagrada hostia Cristo crucificado sobre una fuente, ya de sangre, ya de leche, ya de muy cristalinas aguas, provocándole a beber y a que convidase a todas las criaturas, para que ninguna se excusase de este abundante y delicioso convite. Todo este celestial aparato y celeste conmoción era prueba de lo mucho que padecía en los días señalados, para ofrecer las misas que oía y del grande fruto y provecho que interesaba el mundo.

[167] Pero, ¿qué no le costaba? Porque como el infierno por los efectos conocía que esta alma era la ruina de todo su bárbaro imperio y extendida monarquía, no satisfaciéndose bastantemente su ira, furor y rabia, con tenerla en un continuo martirio; parece que se mancomunaban en estas ocasiones tan sañudos como soberbios, todos los diablos que andan repartidos

por el universo y los demonios que están de asiento en el infernal lago de fuego, con las bocas abiertas para beberse sedientos todo el mundo y mil mundos que hubiera de almas. El describir estas sangrientas batallas entre los ángeles buenos y malos; la valentía del alma; el poder de la gracia, la asistencia de la Omnipotencia; el coraje, crueldad y confusión de los príncipes y potestades del infierno; pide que se escriba con claridad y distinción, y tendrá todo su lugar en el discurso de la historia.

CAPÍTULO 15

CÓMO SE DIO DESDE SU NIÑEZ A LA DEVOCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, AL CULTO DE SUS IMÁGENES, Y FAVORES QUE RECIBIÓ DE NUESTRA SEÑORA DEL PÓPULO Y DE LORETO

1. Favor especial que en su niñez recibió de la santísima Virgen el día de su purificación

[168] Miró siempre a María santísima como madre amorosa con un frecuente y filial recurso a su piedad y clemencia en todas sus acciones. Comenzó esta devoción y afecto en Catarina desde sus tiernos años, creciendo más y más cada día en ella. Aún siendo gentil y a los tres años de su edad, se le comenzó a manifestar esta soberana Señora en compañía de san Joaquín y santa Ana, y previniéndola Dios, según parece, con el uso de la razón, tuvo advertencia para ofrecerse a la señora santa Ana por criada y esclava de su casa, por vivir a la sombra de María santísima, que, con su amorosa y suave presencia, le robó el corazón y el alma, según lo referí en el capítulo cuarto. Crecieron los excesos de esta devoción cuando recién bautizada se le volvió a aparecer benigna esta misteriosa Reina, y le dio ocasión para que se volviese a ofrecer por esclava de la sagrada familia, y fue cuando la santísima Virgen la adoptó por hija, de lo que hice mención en el capítulo trece. Comenzando desde entonces a acariciarla como a una hija querida y a hacer con ella oficios de amorosa madre, apareciéndosele innumerables veces en sus desconsuelos, trabajos y tribulaciones, y llenándola de celestiales gozos, sólo con decirle aquellas cariñosas palabras: “Catarina, ¿no sabes que soy tu madre?”. A las que respondió ella siempre humilde y llena de ternura: “Madre, no, señora, que no soy digna de ser tu hija. Esclava sí, porque me